



Henryk Sienkiewicz

QUO VADIS

Quo Vadis es una novela histórica del autor polaco Henryk Sienkiewicz. Fue escrita entre los años 1895 y 1896, y en ella se narran las vicisitudes de muchos y muy diferentes personajes en la época del emperador romano Nerón.

La acción se desarrolla principalmente en Roma, ciudad con una población caracterizada entonces por una gran variedad tanto de nacionalidades como de clases sociales. La acción principal transcurre durante los seis últimos años de gobierno del emperador Nerón (63-66 d. C.).

El argumento principal de la novela se centra en la historia de amor entre Vinicio y Ligia, dos personas que pertenecen a mundos completamente diferentes. Vinicio es un patricio romano mientras que Ligia, que desciende de un antiguo pueblo bárbaro, es cristiana y rehén en una familia romana. La trama amorosa, ficticia en su totalidad, influye decisivamente en el desarrollo de la acción en la que destaca la huida de Ligia, la búsqueda de su amada por parte de Vinicio, el intento de secuestro, la transformación y el bautismo de Vinicio, y la milagrosa salvación de Ligia en el circo. El punto de culminación de la trama es el enfrentamiento de Ursus con el toro. La victoria del hombre frente al animal en la arena del circo simboliza un final feliz de la trama ya que, a partir de entonces, Ligia, Vinicio y el propio Ursus están en manos del pueblo romano. Se trata de un acontecimiento clave ya que, en ese mismo momento, el pueblo da la espalda a Nerón y se declara a favor de los cristianos.

PRIMERA PARTE

I

ESPERTÓ Petronio cerca de mediodía y, como de costumbre, muy cansado. El día anterior había asistido a un banquete ofrecido por Nerón, que se prolongó hasta bien entrada la noche.

Desde hacía cierto tiempo no gozaba de tan buena salud como antes. Por las mañanas se despertaba con un sopor que le imposibilitaba concentrarse. Pero el baño matutino y un concienzudo masaje, efectuado por esclavos especializados, aceleraban la circulación de su sangre, le despertaban y le devolvían las fuerzas. De modo que al salir del *oleothesium*^[1], que era el último departamento de sus baños, aparecía como nuevo, con los ojos chispeantes de ingenio y de alegría, rejuvenecido, rebosante de vida, elegante y tan distinguido, que el propio Otón no hubiera podido compararse con él, ya que realmente merecía el título que se le había dado de *Arbiter Elegantiarum*.

Petronio no solía frecuentar los baños públicos, excepto cuando se presentaba en ellos algún orador digno de interés, del que se hablara en la ciudad, o cuando en los *epebias*^[2], se ejecutaban juegos excepcionalmente interesantes.

Verdad es que su propia *insula*^[3], tenía baños privados, ampliados, arreglados y reparados con tan buen gusto por Céler, el famoso colaborador de Severo, que el propio Ne-

rón reconocía que eran superiores a los imperiales, aun siendo éstos mucho más vastos y de una extraordinaria riqueza.

Petronio, después de ese banquete, en el que se aburríó con las bufonadas de Vatinio, había tomado parte, junto con Nerón, Lucano y Seneca, en una diatriba acerca de si la mujer tenía alma.

Habiéndose levantado tarde, fue a tomar su baño acostumbrado. Dos enormes *balneatores*^[4], le tendieron sobre una mesa de ciprés cubierta con un lienzo egipcio de nívea blancura, y con las manos untadas en aceite de oliva aromático comenzaron a frotarle su bien formado cuerpo. Entretanto, él, con los ojos cerrados, aguardaba que el calor del *laconicum*^[5], y el de las manos de los *balneatores* penetraran en su cuerpo y desalojaran de él el cansancio.

Pasados unos instantes, preguntó por el tiempo que hacía; después, por las alhajas que el joyero Idomeneo había prometido enviarle para que las viera. Le contestaron que el tiempo era espléndido, que soplaba una ligera brisa de las colinas de Alba y que las alhajas no habían llegado aún. Petronio volvió a cerrar los ojos y dio la orden de que le trasladaran al *tepidarium*^[6]. En aquel momento se asomó entre las cortinas el *nomenclator*^[7], anunciando que el joven Marco Vinicio, recién llegado de Asia Menor, había venido a visitarle.

Petronio ordenó que introdujeran al visitante en el *tepidarium*, adonde se trasladó él mismo. Era Vinicio el hijo de su hermana mayor, casada con Marco Vinicio, cónsul de la época de Tiberio. El joven luchaba contra los partos, bajo las órdenes de Corbulón, y tras el final de aquella guerra volvía a la ciudad. Petronio tenía cierta debilidad por él, lindando con la simpatía, ya que Marco, además de ser un joven de formas atléticas y hermosas, conservaba cierta forma estética dentro de su depravación, y eso Petronio lo apreciaba más que nada.

—¡Salud, Petronio! —exclamó el joven, entrando con paso elástico en el *tepidarium*—. Que todos los dioses te sean propicios, y en particular Asclepio y Ciprida^[8], ya que bajo su doble protección no puede ocurrirte desgracia alguna.

—Bienvenido a Roma, y que el descanso te sea grato después de la guerra —contestó Petronio, sacando la mano de entre los pliegues de la suave tela de *carbasso*^[9], en que se hallaba envuelto—. ¿Qué se dice en Armenia? Y ya que estuviste en Asia, ¿no te detuviste en Bitinia?

En otros tiempos había sido Petronio gobernador de Bitinia, y, cosa notable, había gobernado con justicia y energía. Constituía esto un extraño contraste con su carácter, tan dado a la molicie y amante de los placeres. Por ello le agradaba recordar aquellos tiempos, que constituían la prueba de lo que había sido y de lo que podía ser, de haberle gustado.

—Estuve en Heraclea —contestó Vinicio—. Me envió allí Corbulón en busca de refuerzos.

—¡Ah, Heraclea! Conocí allí a una doncella de la Cólquida a quien no habría cambiado por todas las divorciadas de la ciudad, sin excluir a Popea. Pero éstas son cosas pasadas. Más vale que me hables de lo que ocurre del lado de los partos. En verdad, me aburren todos esos vologesos, tirdates y demás bárbaros, que, según testimonio de Aruleno *el Joven*, andan en su casa a cuatro patas y se las dan de personas tan sólo cuando están entre nosotros. Pero ahora en Roma se habla mucho de ellos, aunque sólo sea por lo peligroso que resulta hablar de otra cosa.

—La guerra va mal, y si no fuera por Corbulón podría convertirse en derrota.

—¡Corbulón! ¡Por Baco! He aquí a un dios de la guerra, a un verdadero Marte y a un gran caudillo, a la vez impetuoso, recto y necio. Le quiero, aunque no sea más que porque Nerón le teme.

—Corbulón no es un hombre necio.

—Puede que tengas razón; pero, a fin de cuentas, da lo mismo. Como dice Pirrón, la necedad no es peor que la sabiduría, y en nada se diferencia de ella.

Entonces Vinicio empezó a hablar de la guerra; pero cuando Petronio entornó los ojos, observó el joven su rostro desmejorado y demacrado, por lo que, cambiando de tema, le preguntó con cierta intranquilidad por el estado de su salud. Petronio abrió de nuevo los ojos. ¿Su salud?... No, no se encontraba bien. Aunque no había llegado al estado del joven Sissená, que había perdido hasta tal punto la facultad de sentir, que cuando le llevaban al baño por la mañana preguntaba: «¿Estoy sentado o de pie?».

Pero Petronio no se encontraba bien. Acababa Vinicio de colocarle bajo la protección de Asclepio y de Ciprida, y ni siquiera se sabía de quién era hijo ese Asclepio, si de Arsinoe o de Coronida, y al no saberse quién era su madre, ¿qué podría decirse del padre? ¡En estos tiempos no se podía estar seguro ni del propio!

Aquí se sonrió Petronio, y continuó:

—Verdad es que hace dos años envié a Epidauro^[10], tres docenas de mirlos y una copa de oro. Pero ¿sabes por qué? Pues porque me dije: «Aunque ignoro si esto me va a ayudar, sé por lo menos que no me perjudica». Si todavía la gente continúa haciendo ofrendas a los dioses es porque todos razonan igual que yo, absolutamente todos, excepto los muleros que se ocupan de los viajeros junto a la Puerta Capena. Además, no sólo he tenido que habérmelas con Asclepio, sino también con sus sacerdotes, quienes, cuando el año pasado padecí de la vejiga, me hicieron una especie de incubación. Sabía que eran unos embaucadores, pero al mismo tiempo me decía: «Y eso, ¿en qué me perjudica?». El mundo se basa en el engaño, y la vida es una ilusión. También el alma es ilusión. Hay que tener la suficiente comprensión para saber distinguir las ilusiones agradables de las desagradables. He dispuesto que en mi *hipocaus-*

tum^[11], quem en madera de cedro rociada con ámbar, porque mientras viva prefiero los perfumes a los olores. En cuanto a Venus, a la que también me has recomendado, conocí su protección bajo la forma de unos punzantes dolores en la pierna derecha. Pero, por lo demás, es una buena diosa. Me figuro que tú, tarde o temprano, habrás de llevar a su altar unas blancas palomas en ofrenda.

—Es cierto —contestó Vinicio—. Las flechas de los partos no me alcanzaron, pero un dardo del Amor me ha herido inesperadamente, a pocos estadios de una de las puertas de la ciudad.

—¡Por las blancas rodillas de las Gracias! Eso me lo tienes que contar más despacio —dijo Petronio.

—Precisamente venía a pedirte consejo —le contestó Marco.

Pero en aquel instante entraron los *epilatores*^[12], que se hicieron cargo de Petronio, mientras que Marco, despojándose de la túnica, penetraba en el baño de agua tibia, al que Petronio le había invitado.

—¡Ah! Ni siquiera te pregunto si hay reciprocidad —dijo Petronio, contemplando las juveniles formas de Vinicio, que parecían talladas en mármol—. Si te hubiera visto Lisipo, servirías ahora de ornamento a la puerta que conduce al Palatino, como una estatua de Hércules en su juventud.

El joven sonrió con satisfacción y se sumergió en el baño, salpicando el mosaico, que representaba a Hero en el momento en que imploraba al Sueño que adormeciera a Zeus. Entretanto, Petronio le contemplaba con la mirada satisfecha del artista.

Cuando acabó el baño, Vinicio se entregó en manos de los *epilatores*. A continuación penetró el lector con una caja de bronce, que apoyaba contra el pecho, llena de fajos de papeles.

—¿Te interesa escuchar? —preguntó Petronio.

—Si se trata de una obra tuya, con mucho gusto —contestó Vinicio—; pero, de no ser así, prefiero conversar. Hoy día, los poetas se dedican a cazar gente en las esquinas de todas las calles.

—Ya lo creo; no se puede pasar delante de una basílica, de las termas, de una biblioteca o de una librería, sin ver a un poeta gesticulando como un mono. Cuando Agripa volvió de Oriente los tomó por locos. Pero ahora..., así son los tiempos. El César hace versos, y todos siguen sus huellas. Únicamente no está permitido hacerlos mejores que los suyos, y por eso abrigo temores respecto a Lucano. Pero yo escribo en prosa, con la que no me obsequio a mí mismo ni a los demás. Lo que el lector nos iba a leer eran unos *codicilli*^[13], de ese pobre Fabricio Veyento.

—¿Por qué pobre?

—Porque se le ha hecho saber que debe permanecer en Odesa y no volver a su hogar hasta nueva orden. Esta odisea le será más leve que a Ulises la suya, ya que su mujer no es ninguna Penélope. Creo inútil decirte que se ha hecho una tontería; pero aquí sólo se miran las cosas superficialmente. Se trata de un libro bastante malo y aburrido, que la gente ha empezado a leer con interés desde que su autor ha sido desterrado. Ahora se oye clamar por todas partes: «¡Qué escándalo, qué escándalo!», y es posible que Fabricio haya inventado algunas cosas; pero yo, que conozco la ciudad, a nuestros *patres* y a nuestras mujeres, te aseguro que todo ello resulta pálido frente a la realidad. Entretanto, cada uno se busca en el libro a sí mismo con temor, y a los demás, con fruición. En la librería de Avirno hay cien escribientes copiando al dictado el libro, cuyo éxito está ya asegurado.

—¿De tus asuntillos no habla?

—Sí, pero el autor se equivoca, porque soy a la vez peor y menos sencillo de lo que me pinta. Mira: aquí ya hace tiempo que se ha perdido la noción de lo bueno y de lo malo, y a mí mismo me parece que no existe tal diferencia,

a pesar de que Séneca, Musonio y Tráseas^[14], pretenden verla. Sin embargo, he conservado una superioridad, y es que sé distinguir lo feo de lo bello, cosa que nuestro poeta *Barbas de Cobre*, y a la vez auriga y cantor, bailarín e historiador, no comprende.

—Sin embargo, me da lástima de Fabricio. Es un buen compañero.

—Le perdió su amor propio. Todos sospechaban de él, pero nadie estaba bien informado. Sin embargo, no fue dueño de reprimirse y reveló el secreto a todos, bajo reservas. ¿Has oído la historia de Rufino?

—No.

—Pues pasemos al *frigidarium*, donde nos refrescaremos, y allí te la contaré.

Pasaron al *frigidarium*, en el centro del cual se hallaba una fuente de color de rosa claro, que despedía perfume de violetas. Se sentaron en sendos nichos cubiertos de seda y se dispusieron a refrescar sus cuerpos.

Durante algunos minutos reinó un completo silencio. Vinicio contemplaba pensativo a un fauno de bronce que, atrayendo a una ninfa por el hombro, buscaba ansioso su boca.

—¡Este sí que tiene razón! Es lo mejor que hay en la vida.

—Puede que sí. Pero tú, además, amas la guerra, que a mí no me atrae, porque bajo la tienda de campaña se rompen las uñas y pierden su tinte sonrosado. Además, cada cual tiene sus gustos: *Barbas de Cobre*^[15] ama el canto, en particular el suyo, y el viejo Escauro tiene tal predilección por su vaso corintio, que por las noches lo coloca junto a su lecho y lo besa durante las horas de insomnio. Lo ha besado hasta el punto de desgastar sus bordes. Dime: ¿tú no haces versos?

—No; nunca he sido capaz de componer ni un hexámetro.

—¿No tocas la lira, ni cantas?

—No.

—¿Ni sabes conducir un carro?

—Tomé parte una vez en unas carreras en Antioquía, pero sin éxito.

—Entonces estoy tranquilo. ¿A qué partido perteneces en el hipódromo?

—Al de los verdes.

—Ahora sí que estoy completamente tranquilo, teniendo en cuenta, además, que posees una gran fortuna, a pesar de no ser tan rico como Palas o Seneca. Porque, mira, en la actualidad está bien componer versos, tocar la lira, declamar y luchar en el circo; pero aún mejor y mucho menos peligroso resulta no hacer versos, no tocar, no cantar y no luchar en el circo. Lo mejor que se puede hacer es admirar lo que *Barbas de Cobre* admira. Eres un apuesto joven; así pues, corres el peligro de que Popea se enamore de ti. Pero no, posee demasiada experiencia. Quedó harta del amor de sus dos primeros maridos, y respecto al tercero, abriga otras miras, y no es precisamente de amor de lo que tratan. ¿No sabes que el necio de Otón sigue locamente enamorado de ella? Anda vagando por los riscos españoles y suspirando, hasta el punto de haber perdido sus antiguas costumbres de tal forma, que para peinarse le bastan tres horas diarias. ¿Quién hubiera podido esperar semejante cosa de Otón?

—Le comprendo —dijo Vinicio—; pero en su lugar habría hecho otra cosa.

—¿Puede saberse qué?

—Reclutaría legiones de fieles montañeses de aquel país. Son fuertes soldados esos iberos.

—¡Vinicio! ¡Vinicio! Casi me dan ganas de decirte que no te resultaría muy fácil. ¿Y sabes por qué? Pues porque tales cosas pueden hacerse, pero nunca se habla de ellas, ni siquiera condicionalmente. En cuanto a mí, si estuviera en su lugar, me reiría de Popea y de *Barbas de Cobre*, y for-

maría para mí unas legiones, no de iberos, sino de iberas, y lo más que haría sería escribir epigramas, que por cierto no leería a nadie, como hizo el pobre Rufino.

—Ibas a contarme su historia.

—Te la referiré en el *unctuarium*^[16].

Pero en el *unctuarium* fijó Vinicio la atención en otros objetos, tales como las maravillosas esclavas que allí los aguardaban. Dos de ellas, africanas, semejantes a dos admirables estatuas de ébano, les frotaron el cuerpo con delicados perfumes de Arabia; otras, frigias, hábiles peinadoras, sostenían con sus manos, blandas y flexibles como serpientes, peines y espejos de acero bruñido, y, finalmente, dos doncellas griegas de Cos, bellas como diosas, aguardaban, en calidad de *vestiplicae*^[17], el momento de marcar los pliegues a las tocas de sus señores.

—¡Por Júpiter Tonante! —exclamó Vinicio—. ¡Vaya una colección que tienes en tu casa!

—Prefiero la calidad a la cantidad —contestó Petronio—. Toda mi *familia*^[18] no pasa de cuatrocientas cabezas, y creo que sólo para el servicio personal los advenedizos necesitan más gente.

—¡Ni el propio *Barbas de Cobre* posee cuerpos más hermosos! —exclamó Vinicio, en tanto que se le dilataban las aletas de la nariz.

A lo que Petronio contestó con amistosa indiferencia:

—Eres pariente mío, y no soy tan misántropo como Bassus ni tan intolerante como Aulo Plaucio.

Al oír este nombre, Vinicio se olvidó de pronto de las esclavas de Cos, e irguiendo vivamente la cabeza, preguntó:

—¿Cómo se te ha ocurrido nombrar a Aulo Plaucio? ¿Sabes que cuando me rompí la mano, en las afueras de la ciudad, pasé unos días en su casa? Plaucio pasaba en el momento de ocurrir el accidente, y al ver que sufría mucho

me llevó a su casa, donde un esclavo suyo, el médico Merión, me curó. Precisamente quería hablarte de ello.

—¿Por qué? ¿No te habrás enamorado por casualidad de Pomponia? Si es así, te compadezco. Ya no es joven, y para colmo, virtuosa. No puedo imaginar una combinación peor.

—No estoy enamorado de Pomponia —respondió Vinicio.

—¿De quién, entonces?

—¿Si yo mismo supiera de quién! Pero ni siquiera conozco su nombre como es debido. En la casa la llaman Ligia, porque procede del país de los ligios; pero su nombre bárbaro es Calina. Es una extraña casa la de los Plaucio. Hay en ella muchas personas, pero es silenciosa como los bosquecillos de Subiaco. Por espacio de algunos días ignoré que habitara en ella una deidad, hasta que una vez, al amanecer, la vi bañándose en la fuente del jardín. Y te juro, por la espuma de donde brotó Venus, que los rayos del sol atravesaban su cuerpo. Creí que al salir el sol se desvanecería en la luz como se desvanece el crepúsculo matutino. Desde entonces la he visto dos veces, y he perdido la tranquilidad; no tengo otros deseos, ni quiero conocer cuanto la ciudad pueda ofrecerme; no quiero mujeres, ni oro, ni bronces corintios, ni ámbar, ni perlas, ni vino; sólo quiero a Ligia. Te lo digo sinceramente, Petronio: siento por ella una nostalgia tan grande como la que sentía ese Morfeo, representado en los mosaicos de tu *tepidarium*, por Pasitea durante días y noches.

—Si es una esclava, cómprala.

—No es una esclava.

—¿Qué es, pues? ¿Alguna liberta de Plaucio?

—No habiendo sido nunca esclava, no puede ser liberta.

—Entonces, ¿qué es?

—No lo sé; hija de un rey o algo por el estilo.

—Me intrigas, Vinicio.

—Si me prestas atención, pronto podré satisfacer tu curiosidad. La historia no es larga. Tú quizá conocieras personalmente a Vanio, el rey de los suevos, que, expulsado de su país, pasó largo tiempo en Roma, donde incluso adquirió cierta celebridad como jugador afortunado de dados y buen auriga. César Druso le colocó de nuevo en el trono, y Vanio, que era hombre enérgico, gobernó bien al principio y alcanzó éxitos en la guerra; más tarde se convirtió en azote, no sólo de sus vecinos, sino de los propios suevos. En vista de esto, Vangio y Sidón, dos sobrinos suyos, hijos de Vibilio, rey de los hermanduros, decidieron obligarle a volver de nuevo a Roma... y a seguir probando fortuna con los dados.

—Recuerdo; sucedió no hace mucho, en la época de Claudio.

—Sí; entonces estalló la guerra. Vanio llamó en su ayuda a los ysgos, y sus queridos sobrinos llamaron a su vez a los ligios. Éstos, que habían oído hablar de las riquezas de Vanio, y acuciados por la esperanza del botín, acudieron en tal número, que el mismo César Claudio empezó a temer por la tranquilidad de sus fronteras. Claudio, como no quería intervenir en una guerra de bárbaros, escribió a Atelio Hister, que mandaba las legiones del Danubio, encargándole que vigilara de cerca el curso de las operaciones y no permitiera turbar nuestra paz. Hister exigió a los ligios que prometieran no atravesar las fronteras, y ellos no sólo accedieron a tal petición, sino que dejaron rehenes, entre los que se encontraban la esposa y la hija de su caudillo. Ya sabes que los bárbaros tienen la costumbre de llevar a la guerra a sus esposas e hijos, y precisamente Ligia es la hija de ese caudillo.

—¿De dónde sabes todo eso?

—Me lo contó el propio Aulo Plaucio. Los ligios no atravesaron entonces la frontera, pero esos bárbaros van y vienen como la tempestad. De igual forma desaparecieron los ligios, junto con los cuernos de buey con que adornaban

sus cabezas. Derrotaron a los suevos de Vanio y a los yaggos, cayó su rey, y ellos desaparecieron con el botín, quedando los rehenes en manos de Hister. La madre de Ligia murió al poco tiempo, y no sabiendo Hister qué hacer con la niña, se la envió a Pomponio, gobernador de toda Germania. Éste, cuando terminó la guerra con los catos, regresó a Roma, donde, como sabes, Claudio permitió que celebrara el triunfo. En aquella ocasión, la doncella marchaba tras el carro del conquistador. Mas cuando acabó la ceremonia, teniendo en cuenta que no se podía considerar a los rehenes como cautivos, no sabiendo Pomponio qué hacer con ella, se la entregó a su hermana Pomponia Grecina, la mujer de Plaucio. En esa casa (donde todos, comenzando por los señores y acabando por las gallinas del corral, son virtuosos) creció Ligia hasta hacerse una jovencita, por desgracia tan virtuosa como la propia Grecina, y tan bella, que a su lado la misma Popea parecería un higo de otoño comparado con una manzana de las Hespérides.

—Y ¿qué más?

—Te repito que desde el momento en que vi junto a la fuente cómo los rayos del sol atravesaban su cuerpo, me enamoré de ella locamente.

—¿Es, pues, tan transparente como una lamprea o una sardina recién nacida?

—No bromees, Petronio. Y si te decepciona la llaneza con que te hablo, sabe que bajo atavíos brillantes pueden ocultarse heridas profundas. He de decirte también que cuando volví de Asia dormí una noche en el templo de Mopso para tener un sueño profético. Pues bien: en sueños se me apareció el propio Mopso y me predijo que, merced al amor, mi vida experimentaría un cambio profundo.

—He oído decir a Plinio que no creía en los dioses, pero sí en los sueños, y quizá tenga razón. Mis bromas no me impiden pensar a veces que en realidad hay una sola divinidad, eterna, todopoderosa, creadora: Venus Genitrix. Ella une las almas, los cuerpos y las cosas. Eros hizo que el